

LAS VOCES SILENCIADAS

The book cover features a woman with long blonde hair, seen from behind, wearing a vibrant purple coat. She stands in a field of tall, dry grass. In the distance, a small, white, weathered wooden church with a steeple is visible against a cloudy, overcast sky. To the left of the woman, there is a bare, dark tree. The overall mood is somber and contemplative.

PATRICIA GIBNEY

UN CASO DE LA INSPECTORA LOTTIE PARKER

Un *thriller* adictivo de la autora *best seller* Patricia Gibney.

Cuando la joven Beth Mullen regresa a su casa, donde vive con su hermana gemela, Rachel, el silencio sepulcral que la recibe le provoca escalofríos. Beth sube las escaleras a toda prisa y encuentra a su hermana tumbada en la cama, con el cuerpo rígido y sus ojos azules cerrados para siempre.

En cuanto la inspectora Lottie Parker llega a la escena, sabe que han asesinado a Rachel: tiene quemaduras alrededor de la boca y una esquirla de cristal insertada en la garganta. Ante un crimen tan atroz, Lottie no puede perder ni un segundo para empezar la investigación.

Pero todo se complica cuando el sargento Boyd, el prometido de Lottie, desaparece. ¿Podrá la inspectora encontrarlo antes de que sea demasiado tarde? ¿O también silenciarán su voz para siempre?

*Para Ger Nichol,
agente y amigo*

Nueve años atrás

E*l chico intentó contener las lágrimas. Creía conocer el camino a casa, pero ahora ya no estaba tan seguro. Los campos estaban oscuros, las luces de la vivienda que acababa de dejar quedaban lejos. Le habían dicho que se fuera a casa. No lo querían allí. Incluso se habían reído de él. Los niños mayores no debían llorar, pero ahora estaba llorando. Esperaba que su madre y su padre estuvieran en casa, como acababan de decirle, aunque se suponía que iban a pasar la noche fuera.*

Caminó campo a través, subió por la carretera estrecha y trepó con cuidado por los escalones que permitían cruzar la valla. Dejó que los pies se le hundieran en el terreno arenoso. El suelo estaba impregnado de rocío y una niebla espesa y demasiado baja se empecinaba en no dejarle ver más allá. El camino debería resultarle familiar, grabado en su mente por las caminatas con su padre para controlar el trabajo en la cantera. Había días en que no veía a su padre. Días largos y noches interminables en que el golpe de las perforadoras y el murmullo de las máquinas perforaban el aire. Le encantaba ese ruido. Su padre le había dicho que solo era una explotación pequeña, pero que tal vez algún día el chico la volvería grandiosa. No le gustaba que el verde de los setos se hubiera vuelto gris por el polvo y la piedra después del verano, ni que los nidos hubieran empeza-

do a vaciarse. Pero a su familia no parecía preocuparle la naturaleza.

El silencio lo envolvía y la niebla le humedecía el pelo mientras avanzaba fatigosamente. Pensó que ojalá hubiera traído sus botas de agua, porque tenía las zapatillas empapadas y rezumaban a cada paso que daba. Tal vez podía echar un vistazo a la cantera antes de llegar a la cima de la colina. No había nadie a esas horas de la noche, pero sabía cómo entrar. Y, de todos modos, era el camino más corto a casa. Se coló por el hueco de la valla de alambre y siguió avanzando.

No se dio cuenta de que estaba cerca del borde de la cantera hasta que oyó caer al agua las piedras que había pateado mientras andaba. El espacio cavernoso se abrió y a su alrededor la niebla se alzó místicamente hacia el cielo, y la piedra y la hierba partieron la tierra ante él. El chico sintió que estaba solo con la naturaleza. Justo en ese momento, creyó oír un ruido a sus espaldas. No, solo un tonto subiría hasta allí en la oscuridad. ¿Lo convertía eso en un tonto? Ahí estaba otra vez. Un susurro. Las hojas que se movían en las ramas. ¿El viento? No, la noche estaba en calma, la niebla flotaba a su alrededor. ¿Por qué tenía que estar tan oscuro? Cuando fue a apartarse del borde, el susurro se acercó más y unas piedras crujieron en el suelo. Quiso volverse y sintió la presión de una mano entre sus omóplatos.

—¡No!

Creó que había dicho la palabra en voz alta, pero tal vez no lo había hecho. En su lugar, una risa histérica llenó el aire. No era la suya. Un grito ahogado salió de su cuerpo cuando la mano en la espalda lo empujó y cayó al vacío.

El agua era densa y viscosa. Le llenó la boca mientras gritaba y viajó hasta sus pulmones tan rápido como la cabeza se le hundía en el agua.

Se sentía extrañamente tranquilo.

Prólogo

Sábado 25 de noviembre

Tal vez se había construido en los últimos diez años, pero, por su aspecto, la pequeña capilla parecía datar de la época en que los monjes habían establecido las primeras iglesias cristianas en Irlanda. Como mucho había espacio para cien personas, pero ese día estaba dispuesta para menos de treinta.

En el respaldo de las sillas que se alineaban a ambos lados del corto pasillo había ramilletes de velo de novia intercalados con otros de fragantes fresias atados con cintas de satén blanco. Cuando los primeros invitados comenzaron a llegar y se abrió la puerta, el denso aroma flotó hacia ellos como una ola de frescor. La luz se colaba a través de las pequeñas ventanas de arco y arrojaba arcorís sobre las paredes de piedra y bañaba el ambiente de un aura mística.

El interior de la capilla era fresco, aunque fuera el aire del mediodía era cálido. Tres velas gruesas se alzaban sobre el altar cubierto de flores, una por el novio, otra por la novia y una tercera tenía los nombres de los familiares fallecidos inscritos en filigrana dorada.

La charla precedía a los invitados mientras se acomodaban en sus asientos: la familia en las dos primeras filas y los amigos detrás, seguidos de los compañeros de traba-

jo. La sección de amigos estaba formada sobre todo por compañeros de trabajo, pero eso no importaba.

En el dormitorio de la cabaña de piedra contigua a la capilla, Lottie se miró en el largo espejo. Tenía que admitir que no reconocía la imagen que veía reflejada. Debajo de un corpiño ajustado de satén, el vestido de gasa color crema flotaba desde la cintura y, con la luz que entraba por la ventana, Lottie pensó que parecía algo mágico. Casi nunca (nunca) llevaba vestidos, y se habría casado con sus vaqueros y una camiseta si hubiera creído que podía salirse con la suya. Pero sus hijas se habían mostrado inflexibles, así que había cedido. Una pequeña victoria para las chicas, pero lo cierto era que se sentía muy satisfecha con su reflejo. La noche anterior, en casa, se había teñido el pelo de un tono un poco más claro que de costumbre porque Chloe había insistido, aunque no estaba segura de si era un rubio rojizo o rubio puro. Esas cosas nunca le preocupaban. Unas cuantas flores sueltas colocadas estratégicamente alrededor de la cabeza escondían las horquillas que le sujetaban el peinado. Katie había obrado su magia con el maquillaje, la sombra de ojos y un montón de cosas más que Lottie nunca había usado, pero estaba contenta con el resultado. Al menos escondía los moretones.

—Ha quedado increíble —comentó mientras abrazaba a su hija mayor.

—Pareces diez años más joven —respondió Katie, y una sonrisa enorme le iluminó los ojos.

—¡Venga ya! Solo tengo cuarenta y cinco —la contradujo Lottie en broma. Había cumplido los cuarenta y seis en junio—. ¿Está listo Louis? —Louis era el hijo de dos años de Katie, el nieto de Lottie.

—Está listo, pero no puedo garantizar que haga lo que tiene que hacer.

—No importa. Mientras Boyd esté aquí, y tú, Chloe, Sean y el pequeño Louis, seré feliz.

–Sé que todavía no has conocido al novio de Chloe, mamá, pero no es lo que te esperarías...

–Hoy no, Katie.

–Solo quería avisarte.

–Gracias –repuso Lottie–. Y me encanta tu vestido. –Katie llevaba un modelo ligero rosa fucsia de Macy's, mientras que Chloe lucía uno parecido en azul (rebajas de últimas prendas). El vestido de Lottie era de una tienda de segunda mano, pero todos parecían bastante caros. «No tiene sentido gastar dinero que no tengo», pensó–. ¿Está listo Sean?

–Sean nunca está listo –se quejó Katie–. Iré a ver cómo va.

–Gracias. ¿Y Katie?

–¿Sí?

–Por favor, no dejes que la abuela Rose se me acerque antes de la ceremonia. Seguro que dice algo que me hará sentir mal, y no puedo lidiar con ello precisamente hoy.

–Eso está hecho.

Al quedarse sola, Lottie sintió que el corazón se le henchía de felicidad. Era una sensación que creía que no volvería a sentir después de que su marido, Adam, falleciera cinco años atrás. Entonces se había sumido en una época oscura y se había debatido en las profundidades de la adicción y el dolor, pero finalmente, con la ayuda de su colega, amigo y futuro esposo Mark Boyd, había llegado hasta ese día, después de una semana de tormentas y lluvia torrencial, con un sol que brillaba más fuerte de lo que ella nunca recordaba para ser finales de noviembre.

Posó la mirada en el pequeño tocador sobre el que descansaba el regalo que le había dado su madre. Un guardapelo de oro.

–Era de mi madre –le había dicho Rose–. Es una reliquia familiar irremplazable. No lo pierdas. He puesto una foto dentro, solo para ti.

No había habido expresiones de afecto ni buenos deseos. Solo esa frase. «No lo pierdas». Lottie había querido preguntar: «¿Para qué regalarlo si viene con órdenes?». Pero solo había murmurado un «gracias» y había dejado que Rose se marchara.

Abrió el guardapelo y se quedó mirando la foto pequeña y toscamente recortada de la cara de Adam. El corazón le dio un vuelco en el pecho antes de hundirse dramáticamente en algún rincón de su barriga y el aliento se le quedó atrapado en la garganta. Las lágrimas amenazaban con anular la felicidad que sentía. ¿Era uno de los típicos gestos insensibles de Rose o realmente creía que estaba haciendo lo correcto? Lottie cerró el guardapelo de golpe y lo dejó caer en el estuche de maquillaje de Katie. Ojos que no ven y todo eso. No había olvidado a Adam. Todavía lo echaba de menos y lo quería. Pero quería a Boyd de una manera diferente. De una manera nueva. Él era parte de su presente, no de su pasado. Él estaba a su lado. Confiaba en él. Creía en él. Lo amaba, ¿no era cierto? ¿Cuando no se dedicaba a correr riesgos innecesarios y a ponerlo al borde de la muerte!

Se enjugó las lágrimas antes de que le estropearan el maquillaje y abrió la tapa de la caja de terciopelo azul que Boyd le había dado. Una fina cadena de plata artesanal con dos corazones entrelazados. Un regalo simple. Profundo. Meditado. Era verdaderamente preciosa. Se la colocó en el cuello y admiró su imagen en el espejo. Una sonrisa alcanzó sus ojos verdes, que relucieron como esmeraldas bajo el sol. «¡Basta!», se regañó a sí misma.

Se calzó los zapatos de seda color crema que Chloe había insistido en que comprara. Eran demasiado caros teniendo en cuenta que no los volvería a llevar, pero había acabado cediendo y los había comprado. Lo que fuera para que sus niñas estuvieran contentas. Lista al fin, abrió la puerta y entró al pequeño salón donde la esperaba su familia.

–¡Oh, Dios mío! Estás increíble –exclamó Chloe con entusiasmo mientras la cogía de las manos y la hacía girar por la habitación. Una nube de gasa azul y crema flotó en el aire y Louis chilló encantado.

–¿Qué te parece, Sean? –preguntó Lottie, que estaba recuperando el equilibrio después de que Chloe la hubiera soltado.

Su hijo se mordió el labio y las lágrimas le brillaron en los ojos. Llevaba el pelo rubio bastante corto, pero el flequillo, como siempre, le caía hacia sus ojos azules. Los ojos de Adam. Lottie se llevó la mano al pecho y tragó saliva.

–Estás despampanante, mamá –dijo al fin–. Preciosa.

–¿No lo estoy siempre? –bromeó para intentar liberar parte de la tensión que amenazaba con desbordarse fuera de control.

Sean la abrazó con fuerza y luego dio un paso atrás.

–¿Estamos todos los Parker listos para dar comienzo al espectáculo?

Un silencio expectante cayó sobre ellos, y Lottie inhaló el aroma floral del perfume de sus hijas.

–¿Quién tiene mi ramo?

Katie cogió el ramo de flores silvestres del fregadero de la pequeña cocina y secó los tallos con un paño antes de dárselo.

–Si estáis listos, yo también –dijo Lottie, y, por primera vez en cinco años, se sintió feliz de verdad–. Vamos a empezar la siguiente etapa de nuestras vidas.

* * *

Las mariposas se arremolinaron en su estómago cuando atravesó la puerta detrás de sus hijas y de su nieto. Sean la cogió del codo con más fuerza de la necesaria, luego aflojó los dedos y los apoyó suavemente en su brazo.

–¿Estás bien, mamá?

–Estoy un poco nerviosa. ¿Y si Boyd no aparece?

–Por supuesto que aparecerá.

Mientras cruzaban el patio empedrado, Lottie echó una mirada a la cabaña a la que esperaba que Boyd hubiera llegado esa mañana para ponerse su traje nuevo. Parecía desierta.

–Deja de preocuparte –la conminó Sean.

Doblaron la esquina y, mientras se acercaban a la capilla, Lottie sintió la primera oleada de ansiedad. ¿Por qué había tanta gente apiñada fuera? Deberían estar dentro. Chloe y Boyd lo habían planeado todo hasta el último detalle. Así era Boyd, terriblemente obsesivo. Le había repetido el horario tantas veces que se le había grabado en el cerebro. «Las doce del mediodía. Ni un segundo más tarde». ¿Cuántas veces lo había dicho? Demasiadas para contarlas. Esbozó una sonrisa, pero se detuvo al ver que su madre se acercaba con Grace, la hermana de Boyd.

–¿Qué ocurre? –preguntó Lottie—. ¿No ha venido la oficiante?

–No, esa ha venido –respondió Rose, sus palabras estaban cargadas de desdén. Estaba chapada a la antigua y no iba a cambiar.

Lottie cogió a Grace del brazo.

–¿Adónde vas, Grace? A Boyd..., a Mark no le va a gustar que lleguemos ni un segundo tarde.

–Él es el que llega tarde –dijo Grace.

Lottie se volvió y vio que Kirby salía de la cabaña que le habían asignado a Boyd.

–¿Qué pasa?

–Puede que tengamos que retrasar la ceremonia un rato –explicó Kirby mientras se encendía un puro. Su aspecto era inusualmente pulcro y arreglado, aunque los botones de su camisa blanca estaban tirantes sobre la barriga, y se había puesto gel o algo parecido en el pelo para domar sus rizos salvajes.

Lottie sintió que el pánico le partía el pecho en dos.

–¿Dónde está Boyd?

–No lo sé.

–¿No has estado con él esta mañana? ¿Para ayudarlo a colocarse la flor o algo así?

–Conoces a Boyd mejor que nadie, y sabes que él es el único que puede hacerlo bien. –Kirby dio una calada profunda a su puro, lo remató y se lo guardó en la mano–. Habíamos quedado en encontrarnos en la capilla a las doce menos diez. Ya es mediodía, y acabo de entrar para ver por qué llegaba tarde y...

–Oh, por el amor de Dios, Kirby, deja de irte por las ramas. –Lottie le puso el ramo en la mano y fue hacia la cabaña. El diseño, estilo estudio, era pulcro y prolijo. Típico de Boyd.

Su traje de boda colgaba de la puerta, todavía en la funda de plástico. Lottie le dio la vuelta para buscar una señal, cualquier cosa que le contara qué pasaba. Lo encontró en la mesita de la cocina.

Una nota. Doblada en dos. Papel vitela color crema. En la parte exterior se leía «Mark Boyd».

La abrió y, a medida que leía, sintió que se le helaba la sangre y se le aflojaban las rodillas. Los escalofríos le recorrieron la columna.

Las palabras se emborronaron cuando volvió a leerlas. Sin firma. Escrita a mano con letras pequeñas y pulcras.

Antes de que cometas el mayor error de tu vida, reúnete conmigo. Si no lo haces, tendrás su sangre en las manos. Ella está conmigo. Ya sabes dónde encontrarnos.

Lottie se desplomó en el suelo en medio de un remolino de gasa.

1

Domingo 19 de noviembre

La noche era silenciosa, hacía tiempo que no se oían los trinos. Los pájaros habían volado a lugares más cálidos, pensó Ellen mientras sus pies chapoteaban entre las hojas muertas y húmedas. La lluvia llenaba el aire.

Descolgar la ropa húmeda del tendedero era una tarea que repetía cada noche. No estaba segura de por qué seguía tendiendo la ropa fuera cada mañana para volver a entrarla por la noche. Suponía que así parecía que alguien vivía en la casa. Que su vida era normal.

El suave brillo de la neblina se posó en sus manos mientras arrojaba la última pinza a la cesta de plástico que colgaba del tendedero. Levantó la vista hacia el cielo oscuro, sin estrellas, con la luna oculta por las nubes negras. La noche en que su vida había cambiado para siempre había sido bastante parecida. Silenciosa, húmeda y oscura. El recuerdo la había atormentado cada día desde entonces.

Los pensamientos que se sucedían en su mente hicieron que se estremeciera, y se volvió hacia la luz cálida que se derramaba como un aliento por la puerta trasera y que arrojaba sombras inquietantes sobre los adoquines que partían el patio en dos. Apartó las hojas del camino con el pie y las echó sobre el césped mientras caminaba y se de-

cía a sí misma que, si la lluvia anunciada decidía no caer, al día siguiente pasaría el cortacésped una última vez.

Le pareció oír un sonido. Contuvo el aliento y escuchó. Un crujido. Las hojas estaban demasiado húmedas para producir un sonido como ese. No vio a nadie cerca, así que se encogió de hombros y entró en la casa.

No había sido consciente del frío que hacía fuera hasta que cerró la puerta trasera y sintió el calor envolverla como un chal. Pero siguió temblando. Dejó la ropa sobre la mesa y la alisó antes de acomodarla sobre el perchero junto al fogón. Tal vez al día siguiente no se molestaría en colgar la ropa en el tendedero.

Hablaba consigo misma mientras trabajaba, y se preguntó si se estaría volviendo loca en la ciénaga de soledad en la que se hallaba. A sus treinta años, sabía que debería estar satisfecha con su vida y disfrutándola, pero las cosas nunca eran tan simples.

Encendió el televisor para que le hiciera compañía y se fijó en las dos tazas sobre la mesa, que estaban allí desde que su visitante se había marchado hacía un rato. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y el pasado la atormentaba más y más con cada visita. Las tazas deberían haberse enjuagado y colocado en el lavavajillas. Al levantarlas, miró dentro de la que había usado. Quedaba un dedo de *whisky* en el fondo, así que lo apuró, aunque habría preferido vodka, y llevó las tazas al escurrer platos.

En la tele, el culebrón familiar estaba a punto de acabar y trató de recordar qué daban luego. Echó otro leño a la estufa y se sentó con el mando a distancia en la mano. Resultaba mullido al tacto.

Otro ruido. Una puerta que golpeaba. ¿En el piso de arriba? Ellen se quedó inmóvil antes de dejar caer el mando. Sus manos comenzaron a temblar y se le revolvió el estómago. Saltó de la silla. Los vaqueros se le engancharon en el clavo salido que tenía pendiente volver a clavar y oyó que la tela se desgarraba. Su estómago se encogió en

un retortijón despiadado. El dolor le quemó hasta la garganta y pensó que iba a vomitar o a defecar, o ambas cosas a la vez. Otro ruido.

–Me cago en la leche –masculló el juramento favorito de su padre mientras intentaba mantener el control sobre sus entrañas. Otro retortijón acompañado de un dolor intenso hizo que un chillido se le escapara de entre los dientes apretados. Tenía que llegar al baño.

En el pasillo, el brillo amarillo de la luz de fuera entró parpadeando por el pequeño cristal que había en la parte superior de la puerta. De forma mecánica, tanteó la pared para buscar el interruptor, pero otro ruido hizo que se detuviera. ¿Venía de arriba?

Podía llamar a su amigo para que viniera, para que lo comprobara por ella. Pero no quería ser una carga. No era fácil asustarla, pero algo la advertía de que tuviera cuidado.

–Siempre tengo cuidado –murmuró. Lo había aprendido por las malas. Subió las escaleras en la oscuridad.

Al día siguiente se reiría de aquello, pero esa noche no tenía ganas de reír. Se sentía mareada, y los ruidos desconocidos no ayudaban.

En el descansillo esperó y escuchó. Se llevó la mano al pecho y tragó en silencio, y no notó ni siquiera una brisa.

–No seas tonta –dijo en voz alta cuando al fin se permitió respirar con normalidad–. Solo son los pájaros en el tejado.

Pero había muy pocos pájaros en la zona, se recordó a sí misma. ¿Un murciélago en el ático? Puaj. Instintivamente, se llevó una mano al pelo. La idea de un murciélago enredado en sus mechones sedosos era casi más repulsiva que un extraño escondido en el piso de arriba.

Sus entrañas gruñeron y otra punzada de dolor le atravesó el abdomen y le subió por la garganta. Se quedó allí, en el silencio mortal, y escuchó su propia respiración agi-